

Un enigma: la "irracionalidad" argentina frente a la Segunda Guerra Mundial

CARLOS ESCUDE

Universidad Torcuato Di Tella – Bs. As.

Pocos temas hay tan interesantes y a la vez tan trillados en la historiografía latinoamericana como el de la actitud argentina frente a la Segunda Guerra Mundial¹; pareciera que los investigadores ya han agotado tanto su imaginación como los archivos, y no encuentran mejor pasatiempo que el de intentar refutarse mutuamente, repitiendo estéril y eternamente las mismas discusiones en forma circular. ¿Podría la Argentina haber evitado el fulminante boicot económico desatado por los Estados Unidos en caso de haberse alineado a tiempo con los Aliados? ¿Podría este país haber logrado una mejor inserción internacional en la posguerra si se hubiera jugado con las democracias? Con frecuencia, el debate (siempre contrafáctico) se torna (lisa y llanamente) falaz, adjudicando unos investigadores a otros exageraciones en las que nunca pensaron caer.

Por ejemplo, no es lo mismo decir que la Argentina hubiera podido evitar sanciones norteamericanas estando del lado de los Aliados, que decir que hubiera podido cosechar pingües beneficios. No es lo mismo decir que Brasil cosechó beneficios interesantes durante la guerra, que decir que continuó cosechándolos después. Estas extrapolaciones suelen atribuirse erróneamente a quienes arguyen que la política de neutralidad de la Argentina fue equivocada por aquéllos que arguyen que quizá no haya sido tan equivocada (o tan incomprensible). Al mismo tiempo, estos últimos tienden a desvalorizar los beneficios puntuales de la alineación, simplemente porque no podían prolongarse en el tiempo, como si los beneficios económicos no fueran por esencia incrementales. Pretenden, por ejemplo, desvalorizar el alineamiento brasileño simplemente porque no alcanzó para catapultar al Brasil al mundo de los países desarrollados, sin comprender, quizá, que suponer que el alineamiento hubiera podido generar semejante milagro sería caer en el

pensamiento mágico. Y parecen insinuar que quienes arguyen que el alineamiento argentino hubiera, por lo menos, evitado las sanciones norteamericanas, en realidad arguyen que la Argentina hubiera conseguido tanto como el Brasil del alineamiento, y que la cosecha del Brasil fue milagrosa. Parecen no comprender que el complejo siderúrgico de Volta Redonda + altos precios para el café durante la guerra + fácil acceso al petróleo aliado mientras durase la contienda equivalen a una recompensa más que interesante para el Brasil, y que suponer que esos beneficios habrían de continuar después de la guerra es pecar de *wishful thinking*². No captan que Volta Redonda fue para siempre; que el capital que genera riqueza posee un efecto multiplicador que se prolonga en el tiempo. Tampoco entienden que, para la Argentina, evitar las sanciones norteamericanas hubiera representado (algebraicamente) un enorme beneficio, con proyecciones en el largo plazo (debido al efecto multiplicador de la riqueza que no se hubiera perdido). Por cierto, la lógica subyacente a las múltiples sobresimplificaciones de esta escuela, y su atribución de exageraciones y extrapolaciones a la escuela opuesta, parecen animadas por la convicción ideológica de que la alineación es una cosa fea.

Al mismo tiempo, quienes somos conscientes de los costos de la neutralidad argentina y los beneficios directos (aunque acotados) de la alineación brasileña indudablemente hacemos un uso político de lo que consideramos importantes lecciones históricas. También usamos estas lecciones para desarrollar una teoría normativa de las relaciones exteriores de países periféricos. A veces, precisamente porque tiene un uso político, la exposición vulgar de estas hipótesis puede conducir a que funcionarios del gobierno o periodistas ideologizados incurran en exageraciones parecidas a las que los críticos de esta tesis atribuyen a la tesis misma. Pero, a su vez, los críticos de esta tesis también tienen una intención política muy clara y muy puntual, que es de oposición a la actual política de alineamiento de la República Argentina. No cabe duda que este círculo vicioso de origen político e ideológico conspira contra la auténtica construcción del conocimiento historiográfico. Esto es lamentable y a la vez difícil de evitar. Por lo pronto, que datos que emergen de la historiografía sean usados para la construcción de una teoría normativa de las relaciones exteriores es no sólo inevitable (dado un cierto nivel de sofisticación intelectual) sino además legítimo y académicamente constructivo. Por otra parte, que quienes rechazan estas prescripciones normativas intenten torcer un poco (aun sin darse cuenta) el contenido de estos datos historiográficos, con la intención de llegar a otras prescripciones normativas, también es inevitable (aunque quizá menos legítimo). Y, más allá de mis juicios (tal vez subjetivos) respecto a cuál de estos fenómenos sea el más legítimo, lo cierto es que la víctima de este proceso es el conocimiento

historiográfico, que resulta mitificado aun en aparentes ejercicios de desmitificación.

¿Cómo salir de este círculo vicioso? Cada escuela seguirá su propio camino. Ese camino comienza con la interrupción de la discusión circular y estéril con la escuela opuesta. Para quienes *sabemos* que:

Premisa 1 - los costos de la neutralidad argentina durante la Segunda Guerra Mundial fueron enormes, y que *Premisa 2* - a medida que transcurría la guerra y los Aliados se acercaban a la victoria, el gobierno argentino estaba cada vez más lejos de los Aliados y más cercano al Eje,

al menos uno de los problemas intelectuales que se plantean es cuál es el origen de la aparente irracionalidad que condujo al gobierno argentino a acercarse a la parte perdedora y alejarse de la ganadora, aumentando en forma innecesaria los costos de lo que desde el principio fue una decisión desafortunada por motivos tanto prácticos como éticos. El enigma es tanto más sorprendente si recordamos que, desde el principio, el interés material argentino estaba vinculado a los Aliados, ya que Gran Bretaña constituía el principal mercado argentino de exportación. Para continuar por el sendero de la construcción del conocimiento científico social, quienes partimos de las premisas de arriba debemos dedicarnos a la resolución de este tipo de problema, dejando de lado la estéril discusión con nuestros críticos. En este ensayo, daré por demostrada la afirmación de que los costos de la neutralidad fueron enormes (Premisa 1), pero dedicaré una sección a documentar el carácter autodestructivo –para la Argentina– de la peculiar dinámica que emergió de la retroalimentación entre este país y los Estados Unidos durante la década de 1940 (tal como está explicitada en la Premisa 2). Luego pasaré a la identificación empírica de los elementos culturales que pueden haber hecho posible la vigencia de esta dinámica. Antes de todo, sin embargo, instalaré el foco del análisis en una reflexión teórica respecto al papel de la cultura política en el complejo Estado/sociedad civil, y respecto a su carácter de condicionante frente a las políticas exteriores que del mismo emergen. Para ello, acudiré primero a conceptos acuñados por Antonio Gramsci y Robert Cox, los cuales con posterioridad serán complementados por otros conceptos, de Herbert A. Simon y míos propios, que quizá sean de utilidad para comprender el tipo de causalidad representado por variables relativamente inasibles tales como la cultura.

Antonio Gramsci y el complejo Estado/sociedad civil

La solución del enigma planteado por la aparente irracionalidad argentina durante la Segunda Guerra Mundial requiere, obviamente, pasar a un ámbito epistemológico interdisciplinario, en el que la historiografía se cruza con la ciencia política y con el estudio de la cultura. En el largo y difícil camino hacia la solución de este enigma, he encontrado de suma utilidad el concepto gramsciano del "complejo Estado/sociedad civil", que fue incorporado a la teoría de las relaciones internacionales por el norteamericano Robert W. Cox, y que nos recuerda que los diversos Estados están condicionados de muy diferentes maneras por sus respectivas sociedades civiles³. De tal modo, visto en el largo plazo, el actor (o unidad) "nacional" que realmente interactúa en el orden interestatal con sus políticas exteriores no es simplemente el Estado, sino el complejo Estado/sociedad civil, que imprime a cada actor una lógica y una dinámica diferente a la de los demás actores o unidades.

Cada país registra una relación entre el Estado y la sociedad civil que le es propia y que lo diferencia de todos los demás. Para plantear un caso extremo en términos simplificados, el complejo Bush/Estados Unidos no podría haber sido más diferente al complejo Saddam Hussein/Irak. Sistemas políticos, estructuras sociales y culturas políticas determinan enormes diferencias en, por ejemplo, la medida en que el Estado puede imponerle sacrificios a la ciudadanía. También determinan diferencias significativas respecto a la mismísima definición de conceptos aparentemente universales como el de "interés", que se vuelve etnocéntrico en tanto la valoración de un mismo costo o beneficio cambiará en función de factores políticos, sociales y culturales que son particulares a cada sociedad civil y que tienen una fuerte incidencia sobre el Estado, ya sea por las presiones de la sociedad civil (el caso, digamos, de las verdaderas democracias), o porque la ausencia de presiones genera una enorme autonomía del gobernante (el caso paradigmático de Saddam Hussein).

Por otra parte, incluso cuando la sociedad civil tiene un enorme peso sobre las decisiones del Estado, puede haber grandes diferencias cualitativas en el tipo de influencia que ésta ejerce debido a la intervención de variables culturales. La influencia de la sociedad civil sobre el Estado, por ejemplo, no siempre conduce a una administración más "racional" de la política exterior en términos del balance de costos y beneficios. Un caso paradigmático sería la Argentina actual, donde los gobernantes no tienen la autonomía necesaria para reconocer el principio de la autodeterminación de los habitantes de las islas Malvinas (medida que podría resultar muy conveniente desde el punto de vista de sus costos y beneficios externos) precisamente debido a la sensibilidad de los ciudadanos argentinos respecto a esa reivindicación

histórica, que dotaría tal medida de un altísimo costo político interno. Por cierto, las estructuras sociales, los sistemas políticos y las culturas obran como condicionantes de primer orden en la percepción y valoración de hasta los parámetros más "objetivos": el mismo barril de petróleo puede significar cosas muy diferentes en culturas diversas, inclusive dado un mismo nivel de desarrollo económico y de dependencia energética.

Por otra parte, estas diferencias entre diversos complejos Estado/sociedad civil pueden ayudarnos a comprender aparentes irracionalidades en el comportamiento de los Estados. El análisis del curioso proceso por el cual, durante la Segunda Guerra Mundial, la Argentina se alejaba progresivamente de los Aliados y se acercaba al Eje cuanto más cerca estaban los Aliados de ganar la guerra y el Eje de perderla, puede resultar significativo para ilustrar por qué sostenemos que la unidad verdaderamente significativa que actúa en el sistema interestatal no es el Estado sino el susodicho complejo Estado/sociedad civil.

El enigma: el carácter autodestructivo de las políticas exteriores argentinas durante la Segunda Guerra Mundial

En diciembre de 1939, en parte como consecuencia de la Batalla del Río de la Plata, el gobierno argentino había llegado a la conclusión de que los derechos de los neutrales eran una ficción y que el desarrollo de la guerra no permitiría una neutralidad real. Por lo tanto, el ministro argentino de Relaciones Exteriores, José María Cantilo, le sugirió al embajador británico, Sir Esmond Ovey, que la Argentina abandonara la neutralidad y se uniera a los Aliados. El gobierno británico consideró esta propuesta embarazosa puesto que, si bien Gran Bretaña sacaría provecho del uso de medios navales argentinos, ya estaba beneficiándose con la principal contribución argentina, los suministros, sin la necesidad de una beligerancia activa argentina; además, existía el peligro de que la acción unilateral en este respecto molestara a los EE.UU. y resultara en detrimento de las relaciones anglo-americanas. Los británicos, en consecuencia, no respondieron a la propuesta. Entonces el gobierno argentino recurrió a los Estados Unidos.

En abril de 1940 Cantilo visitó al embajador de los Estados Unidos, Norman Armour, e hizo una propuesta altamente confidencial, para la consideración del secretario de Estado Cordell Hull y el presidente Franklin D. Roosevelt, a efectos de que la Argentina y los Estados Unidos – posiblemente junto a otras repúblicas americanas– abandonaran la neutralidad para unirse a los Aliados, sin volverse beligerantes, de una manera semejante a cómo Italia se había aliado a Alemania sin participar aún en la guerra. La respuesta de los Estados Unidos consistió en cinco puntos:

1. La opinión pública de los Estados Unidos se opondría firmemente al abandono de la neutralidad.
2. Dicho proceder destruiría la unanimidad interamericana.
3. Si el "alineamiento no beligerante" significaba algo, implicaba que Italia tenía un arreglo con Alemania pero no tomaba parte en las hostilidades reales, aunque existía la posibilidad de que lo hiciera en cualquier momento. Esta situación no se aplicaba a ninguna república americana, ya que ninguna de ellas tenía alianzas con potencias beligerantes. Por lo tanto, no había razón para que una república americana adoptara una política que siguiera a un aliado beligerante en Europa.
4. La propuesta argentina necesitaría una acción del Congreso para ser adoptada por los Estados Unidos, de acuerdo con la Ley de Neutralidad revisada el 4 de noviembre de 1939.
5. La Ley de Neutralidad de los Estados Unidos permitía la venta de suministros a cualquier beligerante que pudiera ir a buscarlos, y el hecho de que los alemanes no estuvieran en posición de valerse de esto, debido a la insuficiencia de sus medios navales, no alteraba la situación, aunque el resultado práctico fuera que sólo los Aliados fueran capaces de comprarle a los Estados Unidos.

Siguieron acontecimientos deplorables. El 10 de mayo se supo que la prensa se había enterado de la propuesta argentina. A pesar de los esfuerzos que se hicieron en Washington y en Buenos Aires por impedir que se publicara, el 12 de mayo un artículo proveniente de Washington y señalado como "especial", que contenía noticias de la propuesta rechazada, apareció en *La Nación*. Aunque el gobierno argentino atribuyó la responsabilidad de la filtración de la información a Washington, se desconoce de dónde surgió la indiscreción. Como consecuencia de la misma, el 13 de mayo el gobierno argentino consideró que debía publicarse una declaración de prensa reconociendo la iniciativa argentina en el tema.

La filtración de esta información confidencial tuvo catastróficas consecuencias políticas en la Argentina. Para muchos argentinos, el abandono de la neutralidad hubiese sido una traición a los principios y tradiciones de la política exterior argentina. Elementos nacionalistas imprimieron afiches exigiendo la renuncia de Cantilo, tapizando con ellos las calles de Buenos Aires. Por su parte, en respuesta a la reacción negativa de la opinión política, el presidente Roberto M. Ortiz (que era aliadófilo y democrático) emitió una declaración de prensa el 18 de mayo, declarando que la Argentina mantendría "la imparcialidad más estricta" en la guerra que se estaba desarrollando.

Como resultado de este proceso de acción y reacción entre el gobierno y la sociedad, Ortiz y Cantilo comenzaron a perder poder, un proceso que se

agudizó cuando el presidente Roosevelt pronunció un discurso, en junio de 1940, en Charlottesville, Virginia, y declaró que el suministro de recursos materiales a Francia y Gran Bretaña era un objetivo principal de los Estados Unidos. Esto no era ni más ni menos que la postura favorable a los Aliados, sin beligerancia, que la Argentina había sugerido seis semanas antes. Sin embargo, no sólo había sido rechazada la propuesta argentina, sino que Roosevelt había establecido públicamente esta ruptura "no beligerante" de la neutralidad como política oficial de los Estados Unidos sin consultar al Congreso y sin siquiera una referencia circunstancial a la anterior propuesta argentina.

Sin que él jamás lo supiera (debido a la relativa insignificancia de la Argentina para la política exterior norteamericana), esta actitud de Roosevelt supuso no sólo un duro golpe contra la política exterior argentina en general, sino muy especialmente para Ortiz y Cantilo, y para los ideales democráticos que ellos sustentaban. A causa de este desaire, la posibilidad de una ruptura argentina con el Eje posterior a la entrada norteamericana en la guerra sería atribuida a "intolerables" presiones de los Estados Unidos, lo cual prácticamente la imposibilitaría políticamente debido a la importancia que una política exterior independiente tenía en la cultura argentina. Naturalmente, sería ingenuo sugerir que los Estados Unidos deberían haber aceptado el liderazgo argentino en un tema tan importante como éste. No obstante, dadas las características de la cultura política argentina, no era probable que el gobierno y los ciudadanos argentinos aceptaran el liderazgo norteamericano después de este episodio⁴. Más aún, la emotiva reacción nacionalista ante este desaire produjo el debilitamiento de los sectores aliadófilos y democráticos en el interior del gobierno y la sociedad argentinos, ilustrando cómo el Estado y sus políticas están condicionados por la sociedad y su cultura.

No obstante, como el gobierno norteamericano distaba de ser sensible a las susceptibilidades nacionalistas de los argentinos, era de esperar que, después de entrar en la guerra, los Estados Unidos exigieran a la Argentina un compromiso con los Aliados. El gobierno argentino, sin embargo, se negó rotundamente. Como consecuencia, después del ataque a Pearl Harbor (y con anterioridad al golpe de Estado argentino de junio de 1943), la retórica de los Estados Unidos rebosaría de referencias a la "Amenaza Fascista" proveniente de la Argentina⁵. Estos puntos de vista sobre la Argentina no coinciden ni con los británicos, ni con los alemanes, ni con los italianos⁶; a pesar de esto, ellos moldearon la política de los Estados Unidos hacia la Argentina. El gobierno norteamericano se abocó a un inflexible y enérgico acoso político y económico, privado y público, contra el gobierno constitucional de la Argentina⁷. Internamente, la política de los Estados Unidos fue justificada

con exageraciones tan gruesas como la afirmación de que si no se hacía algo por contener a la Argentina, ésta provocaría la Tercera Guerra Mundial después de derrotada Alemania. Este juicio extravagante provino del secretario de Estado Cordell Hull, del vicepresidente Henry Wallace, del secretario del Tesoro Henry Morgenthau, y con posterioridad, del embajador Spruille Braden.

De acuerdo con la percepción de los funcionarios del *Foreign Office* británico de aquel entonces, el continuo ataque norteamericano contra el gobierno argentino fue un factor importante entre los que condujeron al golpe militar de junio de 1943, que al principio fue considerado por la embajada de los Estados Unidos como un éxito propio⁸. Por cierto, en un primer momento los norteamericanos creyeron que el gobierno *de facto* rompería relaciones con el Eje, celebraron, y se aprestaron para levantar las sanciones económicas contra la Argentina. Lo más paradójico, sin embargo, es que una vez que los norteamericanos se desilusionaron, sus contra-productores tácticas de desestabilización condujeron de manera directa a la renuncia de los ministros pro-Aliados del gabinete argentino.

Es interesante observar que raramente se recuerda que el primer gabinete de Ramírez estaba dividido entre aliadófilos y neutralistas por partes iguales. El canciller, almirante Segundo V. Storni, era un aliadófilo profundamente comprometido con el difícil objetivo de lograr que la Argentina se plegara a los Aliados. Para ello, envió al secretario de Estado Hull una desafortunada carta secreta en la que le pedía que, a los efectos de facilitar ese trámite, otorgara a la Argentina los beneficios del programa de préstamos y arriendos del cual Brasil formaba parte y que, según el canciller, estaba alterando un equilibrio militar sudamericano al que la Argentina "tenía derecho". Pero Hull no sólo no estaba dispuesto a ello, sino que consideró que este concepto era una impertinencia y divulgó la carta secreta, generando indignación entre las cancillerías latinoamericanas, que acusarían a la Argentina de albergar ambiciones hegemónicas en la región⁹. La consecuencia de este gesto de Hull fue que tanto el canciller Storni como el ministro de Finanzas, Jorge Santamarina, que también era aliadófilo, se vieron forzados a renunciar, dejando el gabinete en manos de los neutralistas. De tal manera, otra vez la acción y reacción entre los gobiernos argentino y norteamericano repercutieron en el interior de la Argentina alejando a dicho Estado de los Aliados y acercándolo al Eje, a pesar de que la situación bélica era cada vez más favorable a los Aliados. Una vez más, la cultura nacionalista argentina distanciaba al Estado argentino de aquéllos que "ofendían" a la Argentina, independientemente del balance de costos y beneficios, ilustrando el condicionamiento al que está sometido el Estado de parte de la sociedad,

que impide la vigencia de lo que en la jerga de la teoría de las relaciones internacionales se conoce como un *rational actor model*.

Por su parte, Cordell Hull estaba harto de la situación y parecía no importarle cuáles fueran las consecuencias de sus acciones: si eran contraproducentes y conducían a una menor cooperación argentina con los Aliados, aumentaría su oportunidad de imponer sanciones aún más severas y exhibicionistas contra un país al que juzgaba como "esencialmente antinorteamericano". De hecho, el subsecretario de Estado Sumner Welles confiesa en sus memorias que Hull tenía "un prejuicio casi psicopático contra la Argentina"¹⁰.

Por lo tanto, en parte debido a la personalidad de Hull, en parte debido a la larga rivalidad diplomática entre los Estados Unidos y la Argentina, en parte debido al sentimiento norteamericano de "Destino Manifiesto" al sur del Río Grande, y en parte debido a la relativa irrelevancia de la Argentina para los intereses vitales de los Estados Unidos (que hacía que los costos norteamericanos de adoptar una política equivocada hacia el país sudamericano se aproximaran a cero), la acción norteamericana contra la Argentina fue considerablemente más severa que las acciones análogas contra otros neutrales. Esto ocurrió a pesar del hecho de que la Argentina estaba contribuyendo más al esfuerzo de guerra que algunos beligerantes débiles (a través de suministros de alimentos a crédito), y a pesar del hecho de que las fuerzas armadas de los Estados Unidos le habían advertido al departamento de Estado hacía tiempo que la parte austral de América del Sur no podría ser defendida por ellos, añadiendo que Buenos Aires, más que ninguna otra capital, debía evitar disgustar al Eje para reducir los riesgos del sabotaje y (eventualmente, si la suerte de las armas era adversa) de una invasión¹¹. El gobierno argentino, a su vez, reaccionó de una manera cada vez más antinorteamericana, sin compadecerse de los altos costos y nulos beneficios externos que sus políticas le generarían. La misma composición del gobierno argentino fue cambiando cualitativamente al son de una opinión pública cada vez más sensibilizada a las "ofensas" norteamericanas, frente a la cual los segmentos aliadófilos y democráticos de la sociedad argentina eran cada vez más marginales.

Diplomáticamente, el resultado de este círculo vicioso fue que el conflicto Estados Unidos-Argentina escaló en tanto ambas partes tomaron represalias. Hull estaba decidido a acabar con el gobierno del general Pedro P. Ramírez. Después de un considerable conflicto burocrático en el interior del gobierno norteamericano, los fondos de la Argentina en los Estados Unidos se congelaron. Como represalia, la Argentina aplicó presión económica a los países vecinos para establecer un "bloqueo austral" antiestadounidense. El presidente, general Ramírez, el canciller, general Alberto Gilbert (sucesor de

Storni) y el ascendente coronel Juan D. Perón hicieron declaraciones alentando a Chile, Paraguay y Uruguay a unirse a la Argentina contra el imperialismo norteamericano en un "bloqueo austral"¹². A modo de contragolpe, Hull intensificó el boicot, a la vez que presionó infructuosamente a los británicos para que se unieran a un embargo total de la economía argentina. Por su parte, el gobierno argentino escaló el conflicto aún más, estimulando un exitoso golpe de derecha en Bolivia. La guerra ya estaba perdida para el Eje, pero el gobierno argentino nunca había estado más cerca del Eje que en ese momento y su política no carecía de apoyo civil en la Argentina sino que, por el contrario, emergía de las sensibilidades nacionalistas de un elenco dirigente y una sociedad que no toleraban las presiones norteamericanas y que hubieran considerado denigrante cambiar de política en función de consideraciones de costo-beneficio.

A partir del golpe de Estado boliviano, el derrocamiento de Ramírez se convirtió en la política oficial de los Estados Unidos. Hull preparó una suerte de acusación pública contra la Argentina, y tomó medidas para fortalecer militar y económicamente a los países más vulnerables a la presión de ese país. Al mismo tiempo, se envió poderosas unidades de la Flota del Atlántico Sur a la desembocadura del Río de la Plata. Recién llegado a este punto de ominosas e imprevisibles posibilidades, en febrero de 1944 Ramírez se echó atrás y rompió relaciones con el Eje¹³. Pero al tomar esta medida, el presidente *de facto* de Argentina quedaba expuesto al ataque de los multitudinarios elementos nacionalistas, quienes considerarían que al ceder a la presión norteamericana, Ramírez había traicionado a la Argentina. Debido a las características del complejo Estado/sociedad civil argentino, esta medida era políticamente riesgosa en 1940, cuando la propuso Ortiz, y mucho más peligrosa aún en 1944, cuando Ramírez finalmente la instrumentó, presionado por el incontenible poderío norteamericano.

Para colmo, el secretario de Estado no fue apaciguado por la ruptura argentina con el Eje. Una vez que Ramírez hubo dado este paso, Hull comenzó a cuestionar los términos de la declaración de la ruptura. Empujó a Ramírez a una situación desesperada, aparentemente olvidando que el presidente argentino estaba asediado por neutralistas. El embajador norteamericano en Buenos Aires, Norman Armour, imploró a Hull que salvara a Ramírez revelando la información de inteligencia que el gobierno norteamericano poseía respecto a la complicidad de los enemigos internos de Ramírez con el Eje, pero el secretario de Estado se negó terminantemente alegando que debía proteger sus fuentes. Hull estaba poniendo a la Argentina "en su lugar" y parecía no importarle que, en el proceso, alejara a ese país de sus objetivos profesos.

Como consecuencia, Ramírez fue derrocado. Y con el establecimiento del

gobierno de Edelmiro J. Farrell y Juan Domingo Perón en la Argentina (respectivamente, presidente y vicepresidente), Hull no sólo siguió una política de no-reconocimiento sino que también rehusó dar a conocer qué pasos debía tomar el gobierno argentino para ser reconocido, y además forzó a los británicos a que siguieran las directivas de los Estados Unidos. Estaba decidido a causar la caída del gobierno Farrell-Perón, pero en esto, como en muchas otras cosas conectadas con la Argentina, fracasó¹⁴. Poco después, Hull renunciaría a su puesto por enfermedad y aunque entonces hubo un breve *rapprochement* entre la Argentina y los Estados Unidos (producto de las políticas de Nelson Rockefeller como secretario asistente de Estado para asuntos interamericanos), el conflicto no tardaría en reanudarse (como resultado del triunfo del embajador Spruille Braden sobre Rockefeller dentro del departamento de Estado). Durante el breve período de acercamiento, sin embargo, la Argentina fue admitida como miembro fundador de las Naciones Unidas, a cambio de una simbólica declaración de guerra a un Eje vencido – que nadie pudo tomar seriamente– efectuada el 27 de marzo de 1945 contra el Imperio del Japón y contra Alemania, "atento el carácter de esta última de aliada de Japón". El resultado paradójico de todo el proceso, no obstante, es que hasta el momento en que se llevó a cabo la pantomima de declarar la guerra a un Eje ya derrotado en 1945, cuanto más cerca de la victoria estaban los Aliados, más cerca del Eje estaba la Argentina. Los días en que un gobierno argentino se había adelantado a proponerle al gobierno británico primero, y al norteamericano después, la ruptura con el Eje habían quedado muy atrás, olvidados ya por todos, argentinos y extranjeros.

El análisis de este proceso de varios años, con visión retrospectiva, nos muestra una irracionalidad mayúscula desde el punto de vista del balance de costos y beneficios, para la Argentina, de las políticas exteriores resultantes. La premisa de la vigencia de algún tipo de racionalidad en el proceso de toma de decisiones, casi siempre presente en los análisis y teorías sobre relaciones internacionales y política exterior, parece no cumplirse. El análisis pormenorizado de los datos históricos tiende a señalar que el origen de este enigma parece encontrarse en algunas características *sui generis* del complejo Estado/sociedad civil argentino, de acuerdo con las cuales, a medida que las costosas sanciones norteamericanas contra la Argentina se sucedían, la opinión pública –y particularmente la opinión de los segmentos más influyentes de la sociedad– se habría alejado progresivamente de las posturas ideológicas y de las políticas exteriores asociadas con los Estados Unidos, marginando a los segmentos aliadófilos y auténticamente democráticos de la sociedad argentina.

¿Pero qué características del complejo Estado/sociedad civil pudieron conducir a esa dinámica? Debe tenerse en cuenta que la misma fue

particularmente autodestructiva y paradójica, no sólo por el desenlace de la guerra (previsible a partir de 1943), sino sobre todo porque, desde el principio, el interés material argentino estaba fuertemente vinculado a una victoria *aliada* (el principal mercado argentino, como se dijo, era el británico). Por lo tanto, para explicar una dinámica tan autodestructiva no basta con identificar elementos en la cultura política argentina proclives a una mayor valoración de la "dignidad" y del "orgullo" nacionales que de las pérdidas y ganancias materiales producidas por el proceso diplomático que se estaba desarrollando. Tampoco basta con constatar la vigencia de una sobrevaloración del poderío argentino por la cual los argentinos tendían a percibir a su país como capaz de sobrellevar las sanciones norteamericanas, minimizando el impacto de las pérdidas y evaluando el futuro argentino con mucho optimismo a pesar de las mismas, y como capaz de superar las consecuencias políticas y económicas de enfrentar en la posguerra un mundo cuyas principales potencias serían poco amistosas. Aparte de estos elementos (que pudieron haber generado el apoyo político a los sucesivos cambios en las políticas y en los elencos argentinos, en lo que durante varios años fue una permanente escalada antinorteamericana), deben haber existido en la cultura política argentina elementos ideológicos muy afines a los fascismos europeos que hicieran tolerable el lento pero seguro alejamiento argentino frente a los Aliados, alimentado por las "ofensivas" presiones y sanciones norteamericanas.

La pregunta que debemos hacernos a partir de este punto, por lo tanto, es: ¿pueden identificarse empíricamente, en la cultura argentina, elementos que apunten estas conjeturas, las cuales explicarían los orígenes de la presunta "irracionalidad" argentina durante la Segunda Guerra Mundial? Específicamente:

- ¿Pueden identificarse elementos culturales que harían posible la confrontación airada frente a una "ofensa", a pesar de los ingentes costos probables de dicha confrontación?
- ¿Puede identificarse una sobrevaloración del poder argentino en la cultura argentina?
- ¿Pueden identificarse elementos culturales marcadamente autoritarios, militaristas y antiliberales, que pudiesen haber generado una compatibilidad ideológica con los fascismos europeos, capaz de neutralizar el hecho de que el interés material argentino estaba claramente vinculado a los Aliados?

Nuestra hipótesis es que todos estos elementos estaban presentes en la cultura argentina, y que fue la retroalimentación entre todos ellos lo que hizo

posible la gestación de una irracionalidad tan gruesa como la de alejarse progresivamente de la coalición ganadora, cuando desde el comienzo los intereses materiales argentinos estaban vinculados a esa coalición. Para avanzar hacia la consolidación de esa hipótesis (aunque sea en forma incompleta y provisoria), nos volcaremos brevemente al estudio empírico de la cultura política argentina de entonces, a través del contenido de los textos escolares y de los valores subyacentes a las orientaciones pedagógicas vigentes en la época bajo estudio.

La doctrina de la superioridad nacional argentina, 1908-1982¹⁵

En primer lugar, el estudio de los contenidos educativos argentinos desde principios del siglo XX hasta tiempos muy recientes revela que un elemento con el cual la población ha sido permanentemente adoctrinada es un *dogma de la superioridad nacional argentina*. Desde los tiempos de las reformas educativas llamadas de "educación patriótica", instrumentadas por José María Ramos Mejía en 1908, proyectar una imagen de la presunta grandeza nacional en la mente del niño ha sido un objetivo inmutable de las autoridades educativas. Pasaré a vuelo de pájaro por las décadas, dejando testimonio de que, a lo largo de todo este extenso período, los textos escolares –sin excepción– se han abocado a este fin, trazando una imagen a la vez halagüeña y grandiosa de la Argentina.

Por ejemplo, en 1910 el vocal del Consejo Nacional de Educación y rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, Enrique de Vedia, exhortaba:

"Formemos (...) con cada niño de edad escolar un idólatra frenético de la República Argentina, enseñándole –porque es cierto– que ningún país de la tierra tiene en su historia timbres más altos, ni afanes más altruistas, ni instituciones más liberales, ni cultos más sanos, ni actuación más generosa, ni porvenir más esplendoroso. Lleguemos en este camino a todos los excesos, sin temores ni pusilanimidades (...)"¹⁶.

Tres décadas y cientos de textos escolares más tarde, esta orientación tenía plena vigencia. Un ejemplo ilustrativo se encuentra en el texto de M. Kornblit de 1939, para tercer año de la enseñanza secundaria, cuya primera frase, en una introducción titulada "Nuestro País", nos dice: "¡Qué gran país es el nuestro!". Posteriormente, durante el período peronista, encontramos abundantes instancias de una exaltación premeditada del país, ejemplificada en el texto primario de B. Aizcorbe, A.E.J. Fresquet y J.M. Mateo, de 1950, que porta el significativo título *Hacia los Grandes Destinos*. Esta misma

tendencia siguió registrándose mucho después de la era de la Segunda Guerra Mundial. Una ilustración de ello está en el trabajo de Eduardo H. Castagnino, uno de los pocos autores argentinos que incursionaron en el terreno de la pedagogía de la geografía, cuya *Guía Didáctica para la Enseñanza de la Geografía*, de 1963, nos dice que hay tres premisas básicas en esta materia, una de las cuales es:

"(...) el valor educativo (de) un continuado, entusiasta y hasta fervoroso estudio del país natal"¹⁷.

Una técnica ingenua pero casi siempre presente en textos elementales, durante casi un siglo, era (y sigue siendo) la de asombrar al alumno realizando una contabilidad de cuántos países europeos caben, íntegros, en el territorio argentino. A lo largo de las primeras ocho décadas del siglo XX, esto casi siempre iba unido a juicios enfáticos sobre la "grandeza nacional". En 1969, por ejemplo, el *Manual Peuser para la Nueva Escuela*, para 7o. grado primario, incluía en su sección sobre la Argentina un subtítulo que rezaba: "Argentina potencia mundial". Y en 1971, mucho tiempo después de la gran prosperidad que caracterizó a la Argentina hasta la década de 1940, el más representativo de los autores de textos de geografía argentinos, José María Dagnino Pastore, adoctrinaba así a sus jóvenes lectores:

"Hemos puntualizado cómo gravita la producción argentina en el comercio internacional, al establecer que sus saldos exportables de cereales, de carnes, de cueros, de lanas, de extracto de quebracho, representan valores de alta significación. Esa contribución de nuestro país a la satisfacción de premiosas necesidades de las naciones europeas y americanas le asigna una posición trascendente. Bastará decir para afirmarlo rotundamente que la alimentación de millones de personas está asegurada por los envíos argentinos.

(...)Universalmente se reconoce que la Argentina no puede quedar excluida de ningún plan de reestructuración económica mundial, por su gran potencial alimenticio, por sus vastas disponibilidades de materia prima y, a la inversa, por ser una nación consumidora de alta capacidad adquisitiva.

Digamos, finalmente, que si la Argentina ha conquistado verdadera significación en la economía mundial, el progreso cultural alcanzado le asigna, asimismo, una posición destacada no solamente entre los países americanos sino también entre las naciones más civilizadas de Europa.

Su contribución en el campo de las ciencias es notoria. Y su participación en congresos internacionales, continua y valiosa, permite llevar al exterior la expresión cabal de su cultura"¹⁸.

Por lo tanto, durante la era de la Segunda Guerra Mundial (al igual que cuando el gobierno militar argentino invadió las Islas Malvinas en 1982), la población activa entera, del mismo modo que sus padres y sus hijos, había sido adoctrinada para creer que la Argentina era un país de enorme importancia, que no podía ser marginado fácilmente, y que no tenía tanto que temer de las sanciones de grandes potencias que, con insolencia, se inmiscuían en asuntos que competían exclusivamente a las potestades soberanas del Estado argentino. Por cierto, este tipo de contenido educativo y su probable influencia en la formación de generaciones de argentinos explica por qué encuestas realizadas en 1981, 1982 y 1984 revelan que aproximadamente un 80% de los argentinos opinaba que la Argentina merece un lugar muy importante en el mundo; el mismo porcentaje creía que la Argentina es el país más importante de América Latina; el 60% pensaba que la Argentina no tiene nada que aprender de los países de América del Norte y Europa Occidental; un 50% sostenía que, por el contrario, esos países tienen mucho que aprender de la Argentina, y un 62% era de opinión que los técnicos, profesionales y científicos argentinos son los mejores del mundo¹⁹.

Por otra parte, es importante señalar que debido al alto grado de movilidad social imperante en la Argentina, no se puede suponer que en el caso de este país existe una brecha significativa entre la cultura popular y la cultura de los elencos dirigentes que tomaron las decisiones más importantes, tanto durante la época de la Segunda Guerra Mundial (especialmente después de junio de 1943) como durante la guerra de las Malvinas²⁰.

La compatibilidad de la ideología oficial argentina del período 1930-1950 con el fascismo europeo

Como señaláramos antes, en la era de la Segunda Guerra Mundial no sólo existía en la Argentina una marcada soberbia nacional, generada por décadas de adoctrinamiento y por un grado no despreciable de prosperidad (que se confundió con poderío), sino que la ideología oficial y –por lo tanto– aquélla que se inculcaba en las escuelas era profundamente autoritaria, paranoica, colectivista y antipluralista. Quizá no haya mejor manera de introducirnos a esta temática que citar la definición de la "orientación moral de la educación" que publicó el *Monitor de la Educación Común* en su primer número posterior al golpe de Estado de 1930:

"1-La Escuela Argentina, desde los primeros grados hasta la Universidad, debe proponerse desarrollar en los argentinos la convicción fervorosa de que el destino manifiesto de su nacionalidad consiste en consumir una civilización propia, de carácter eminentemente democrático, heredera de los valores espirituales rectificadores de la civilización occidental (...).

2-Como consecuencia (...) la Escuela Argentina se propone contribuir a la formación de una raza capaz de realizar el destino manifiesto de la nacionalidad (...).

3-El educador argentino debe contribuir a la formación de un tipo humano resistente a la fatiga y a la enfermedad, sereno y pronto al peligro, y apto para el trabajo (...).

4-La Escuela Argentina debe proponerse educar la personalidad psíquica de nuestro niño en función del ideal colectivo (...)"²¹.

Este párrafo es, obviamente, de una enorme riqueza, tanto por las típicas confusiones semánticas en torno de conceptos tales como "democracia" y "civilización occidental" (que son otras tantas trampas lingüísticas para dotar al autoritarismo propio del prestigio, paradójicamente aún vigente en la propia cultura, de conceptos provenientes de otras ideologías) como por la referencia explícita al destino manifiesto de la Argentina y al "ideal colectivo".

Particularmente, el ideal colectivo es interesante, ya que, desde 1908, uno de los objetivos básicos siempre proclamados por los educadores había sido la creación de una cultura nacional integral, sin fisuras ni pluralidades. Son continuas las referencias a un ideal colectivo de la argentinidad en los documentos sobre política educativa, si bien este ideal está definido de la manera más difusa, por tratarse, básicamente, del producto del capricho o de las expresiones de los deseos de los ideólogos que sobre él escribían, más que de un ideal que pudiera verificarse empíricamente en la cultura argentina. Esta tendencia, presente desde Ramos Mejía, se acentuó en el período que estudiamos. El 30 de abril de 1932, por ejemplo, el general Justo, elegido presidente por la exclusión del partido mayoritario (que rehusó participar debido al fraude electoral), proclamaba que el argentino debía poseer "un ideal colectivo y una sola alma", y para esto proponía usar la escuela, lo que no era nada nuevo²².

Simultáneamente, el fomento de la irracionalidad en las actitudes políticas se acrecentó. Una doctrina pedagógica de gran influencia en el Consejo en la década de 1930 era la que llevaba el lema "La Escuela Argentina para la Vida Exaltando el Sentimiento" (así, con mayúsculas) y constaba de ejercicios didácticos mediante los cuales se enseñaba historia, geografía, música,

aritmética y hasta el sistema métrico decimal, a medida que las niñas cortaban y cosían una bandera, y los niños hacían la driza y el asta de madera. Lo mismo se hacía con escarapelas que eran luego repartidas en solemnes actos comunitarios. El trabajo era matizado por canciones patrióticas²³.

El autor de estos métodos fue un vocal del Consejo, José A. Quirno Costa. Y discípulo de este técnico del adoctrinamiento nacionalista fue José C. Astolfi, un educador de gran influencia sobre generaciones enteras de educandos a través de sus numerosos textos de historia de difusión masiva. Su ideología es instructiva. Como reacción a la "decadencia de Occidente", Astolfi proponía la "Mística":

"Mística, del griego *mystis*, es el reconocimiento de la limitación humana para resolver el Misterio (...). La mística de la enseñanza se conjuga con la mística del nacionalismo, sentimiento que no es nuevo ni exótico entre nosotros (...). Esta mística del nacionalismo debe encenderse en la escuela. Somos un país de aluvión (...). Pese a la admirable fuerza de asimilación de nuestro medio, ciertos núcleos extranjeros se resisten a disolverse en la masa común; semejante oposición engendra un innegable peligro. Se ha creado una nueva técnica de conquista. Antes los pueblos conquistadores aparecían con su flota y sus ejércitos en las playas o en las fronteras de los países codiciados, y procuraban dominarlos en campo abierto. Ahora se aplican métodos de refinada penetración psicológica: se ensanchan pacientemente las grietas del conjunto social, se enconan los ánimos, se exacerban los antagonismos, se avivan viejas reivindicaciones y agravios dormidos, se despierta la concupiscencia de los egoístas y el apetito de los ambiciosos, se siembra por doquier la desorientación, la confusión y el desánimo, y cuando el edificio está carcomido hasta los cimientos, basta un solo envión prepotente para derrumbarlo con estrepitosa instantaneidad. Dios quiera que nunca el ejército se vea en la necesidad de defender nuestro suelo mediante una campaña militar, pero el magisterio debe desde ya ocupar su lugar para luchar contra esa otra campaña preparatoria porque a él le incumbe primordialmente esa tarea. El patriotismo ha sido una manifestación amable, celebrada con espíritu cordial: un tremolar de banderas, un entonar de himnos, un desfilar jubiloso de niños, de soldados y de ciudadanos; hoy es un imperativo categórico; una obra indeclinable de preservación nacional"²⁴.

Este párrafo de Astolfi es muy esclarecedor. Pocos años más tarde Perón crearía una nueva mística, aplicada a su "movimiento" y persona. La idea ya estaba en el aire; la mística peronista no sería exótica para los argentinos. Por otra parte, el grado de paranoia de esta prosa es casi insuperable. Todo es peligroso y responde a un enemigo sin identificar, incluyendo la ambición y la concupiscencia. Frente a tales peligros, las fuerzas armadas se presentarían otra vez como salvadoras de la patria.

El militarismo, pues, también se acentuaría entre 1932 y 1943, lo que era casi inevitable en un período conservador de fraude electoral situado entre dos golpes militares. Octavio S. Pico, presidente del Consejo Nacional de Educación en 1932, ilustra ese reforzado militarismo:

"Dejando de lado los conocimientos técnicos elementales necesarios para la vida de relación, hay que destacar como conceptos fundamentales para la formación del alma y el carácter pueriles, las ideas morales elevadas, el estudio de la Historia patria y de la Constitución, y esos ejercicios viriles que la ley define como 'ejercicios y evoluciones militares más sencillos'. Vemos así que la escuela argentina tiene por fin primordial formar ciudadanos argentinos, entendiéndose por tales aquéllos que están penetrados de nuestra historia y de nuestras tradiciones que son alto y puro ejemplo de carácter, de firmeza y de virilidad no superado por ningún pueblo de la tierra. Esta historia y estas tradiciones deben ser defendidas a toda costa por el ciudadano argentino, y es por eso que el legislador ha dispuesto la iniciación de la práctica de aquellas disciplinas dando así cumplimiento al precepto constitucional que dice que todo ciudadano argentino está obligado a armarse en defensa de la patria y de esta Constitución... El maestro, cumpliendo la ley y sus reglamentos, realiza su tarea. Toda su vida, tanto pública como privada, debe subordinarse a ella. El ejemplo que da, sea bueno o malo, ha de fructificar para el bien o para el mal en el tierno corazón del niño. Las palabras que se pronuncian delante de ellos son irreparables porque se graban definitivamente en sus cerebros vírgenes. Debe entonces el maestro guardar oculto todo pensamiento escéptico o irónico, desengañado o agrio, toda doctrina que pueda originar sentimientos de envidia, rencor, odio o rivalidad. Un verdadero secreto profesional se le impone; violarlo es crimen de lesa humanidad (...)"²⁵.

El maestro, pues, era concebido como parte de un orden cuasi militar, del cual el niño era el último eslabón. Indudablemente, la violación sistemática de la Constitución por parte de esa misma clase dirigente que recurría al fraude y a la proscripción para ganar elecciones era parte del "secreto profesional" que se imponía al maestro: la hipocresía era ley. A su vez, la paranoia política alcanzaba niveles histéricos; su análisis, con visión retrospectiva, hace sospechar que, quizás el miedo a la subversión fuese más una excusa para apelar a un autoritarismo vocacional, que el autoritarismo verdadero producto del miedo. Por otra parte, la vieja obsesión "argentinizante", presente desde las reformas "patrióticas" de 1908, continuaba. En noviembre de 1932, el ministro de Instrucción Pública decía:

"En un país viejo, de largas tradiciones y firmes costumbres, es la familia quien forma, sin proponérselo deliberadamente, la conciencia infantil (...). Nosotros, con una vida independiente que apenas sobrepasa un siglo y que en menos de ese tiempo hemos duplicado la población con la concurrencia extranjera, con hogares de origen, costumbres, ideas y sentimientos heterogéneos, no podemos aún confiar principalmente en la familia esa intensa y noble tarea de formación. Aquí, el baluarte nacionalista tiene que ser, inevitablemente, la escuela. Debe ser ella la creadora en el alma de los niños extranjeros (...) y en la de los hijos y nietos (de extranjeros), de un nítido y firme sentimiento nacional. La escuela, entre nosotros, debe forjar alrededor de los niños una atmósfera nacional que sustituya la atmósfera europea reinante en muchos hogares nuestros (...)"²⁶.

Muchas de estas tendencias se agudizaron, sucesivamente, en 1943 y en 1946. Esto fue más notorio, quizás, en el caso del autoritarismo que se venía incubando desde 1908. El gobierno militar inaugurado en 1943 dejó cesantes a 32 maestros por "actividades contrarias a la nacionalidad" y a 22 por "inmoralidad", sobre un total de 115 cesantías²⁷. A su vez, el primer interventor del Consejo del gobierno peronista pontificaba a fines de 1946:

"(...) La escuela no es comité político ni ateneo para discursos o lecciones huecas... Es templo de la Patria, y en sus altares no puede rendirse otro culto que al trabajo, a los próceres y al niño. Quien persiga otros fines (...) que abandone las aulas y busque en otros ámbitos –que no sean los sagrados recintos de la escuela– campos propicios, si es que los halla, para su prédica. En este empeño, porque el maestro sea digno de su elevada

como responsable misión, nuestro cuidado será extremado. Avaloramos ciertamente al sabio, pero preferimos al virtuoso, porque la escuela primaria no tiene necesidad de eruditos, pero sí de quienes alientan el verdadero sentimiento de argentinidad y guardan las estrictas normas de conducta que ese sentir impone. (...) Y exigimos lealtad, porque mal puede ser digno y probo quien arteralmente se acoja a los beneficios de una función de confianza que el Estado jerarquiza, para combatirlo en su propia casa"²⁸.

Y a medida que avanzó el régimen peronista, esta dimensión autoritaria de la escuela y de otros ámbitos se acentuó cada vez más. El 21 de marzo de 1950, por ejemplo, Eva Perón discursaba:

"Yo me uno al deseo del compañero Perezolo de que las reparticiones oficiales deben purificarse para que aquéllos que no sienten la hora argentina o que permanezcan indiferentes a la hora extraordinaria en que vivimos y que no comprenden que el general Perón está quemando su vida y sus horas en aras de un ideal por la grandeza del pueblo argentino, dejen su lugar para los argentinos de bien, para los argentinos que tengan el corazón puro y que conserven los valores espirituales como los ha conservado la clase trabajadora del país. Pido a los trabajadores que denuncien a los antiperonistas, porque son vendepatrias, y también les pido a los funcionarios que tomen medidas, porque si no creemos que ellos también son vendepatrias. (...) El que no se siente peronista no puede sentirse argentino"²⁹.

Y el mismo mes del mismo año, el ministro de Educación de Perón, Oscar Ivanissevich, complementaba filosóficamente el discurso de la Primera Dama:

"A menudo se dice: yo quiero ser libre. Para esto no hay más que dirigirse hacia adentro, hacia uno mismo, porque la libertad no consiste efectivamente en dominar a los demás sino en dominarse a uno mismo. Ser libre no es hacer lo que nos gusta. Ser libre es poder hacer lo que no nos gusta"³⁰.

El papel de la *gestalt* cultural y la movilidad social en las políticas emergidas del complejo Estado/sociedad civil

Surge claramente de estos y miles de otros documentos semejantes, que la cultura oficial argentina no sólo no era incompatible con el fascismo europeo, sino que estaba mucho más cerca del mismo que de la democracia liberal. Por cierto, un análisis empírico de la cultura oficial argentina durante el período 1930-1950, realizado a través de los documentos del sistema educativo, nos muestra la presencia de los siguientes elementos:

1. un claro sobredimensionamiento del poder argentino y de la importancia del país frente al mundo;
2. un mito de destino manifiesto argentino, y
3. una ideología autoritaria y nacionalista, más parecida a la de las dictaduras fascistas que a la de las democracias occidentales.

Además, esta *gestalt* cultural adquiriría una significación mucho mayor debido a algunas características de la estructura social argentina, especialmente:

4. su grado muy alto de movilidad social (superior al europeo y sólo comparable al norteamericano) que hacía posible que el adoctrinamiento de las masas efectuado por la escuela pública tuviera luego un impacto sobre la gestión de gobierno, no sólo debido a la influencia de la opinión pública, sino también porque a partir de 1943 la mayoría de los gobernantes había ascendido muy recientemente y provenía de sectores "populares", portando ellos mismos la cultura incubada durante décadas en la Argentina. Dicho en otras palabras, a partir de 1943 los gobernantes argentinos no fueron gente mundana y cosmopolita, escéptica e irónica frente a los parroquiales mitos locales, sino todo lo contrario: al menos cuando llegaron al gobierno eran productos típicos del aula, sin más mundo que el que les daban sus lecturas de Dagnino Pastore y Astolfi, o sus equivalentes³¹.

Con una *gestalt* cultural como la descrita arriba, no resulta extraño que ni la opinión pública ni los elencos dirigentes argentinos comprendieran que la derrota del Eje encontraría a la Argentina desubicada en el orden mundial, sospechosa de apoyar a la parte no sólo perdedora sino también diabólica, y percibida desde Washington como un país esencialmente antinorteamericano. Tampoco sorprende que no entendieran que este desenlace acarrearía altísimos costos para su país, ni resulta extraño que las sanciones

norteamericanas y sus efectos de largo plazo fueran subvalorados, ni que se marginara a los cada vez menos populosos elencos dirigentes proclives a apoyar a los Aliados. En la Argentina, debido a la vigencia de la cultura descrita, se partía de la premisa que el país era suficientemente importante y poderoso como para sobreponerse a esas desventajas sin menoscabo de su "dignidad", y que su "destino de grandeza" estaba asegurado siempre que no se claudicara frente a las pretensiones hegemónicas de los Estados Unidos. Además, y lo que es más importante, en el fondo las democracias liberales eran mucho más ajenas a la cultura argentina que los fascismos europeos, de modo que el lento giro hacia estos últimos no resultaba ideológicamente repugnante. Lo único que repugnaba culturalmente era romper con el Eje y, finalmente, declararle indignamente la guerra cuando en la práctica ya estaba vencido. Antes de que comenzara el círculo vicioso de agravios y contra-agravios, un alineamiento argentino con los Aliados había sido pensable, no tanto por auténtica vocación democrática, como debido al vínculo simbiótico que existía entre la economía argentina y la británica. Así lo pensaron el presidente Ortiz y el canciller Cantilo en 1939 y 1940, adelantándose a los norteamericanos en esa intención. Pero una vez generado el agravante proceso diplomático descrito en la sección anterior, *el condicionamiento cultural prevaleció sobre el condicionamiento (y el interés) económico*, y la política exterior ingresó en una espiral paradójica por la cual, en los hechos, cuanto más cerca estaban los Aliados de ganar la guerra, más lejos de los Aliados y más cerca del Eje estaba la Argentina, soportando, para colmo, una permanente andanada de sanciones económicas. La sociedad, que reaccionaba negativamente frente a políticas norteamericanas percibidas como ofensivas y que mayoritariamente no sentía rechazo por el fascismo, condicionaba no sólo las políticas del Estado argentino sino su misma composición.

En función de esta dinámica, entre 1940 y 1945 cambiaron progresivamente las políticas, las ideologías y los mismos hombres que componían el Estado, en un lento pero permanente flujo hacia la derecha antiliberal. Visto en esta perspectiva de un plazo de escasos años, el verdadero actor en el sistema interestatal no era el Estado argentino sino el complejo Estado/sociedad civil. Como se dijo, el Estado en sí mismo estuvo sometido a un cambio permanente, siempre en la misma dirección de un incrementado autoritarismo y rechazo por las democracias liberales y su política internacional. En cambio, cuando analizamos el complejo Estado/sociedad civil, vemos que, durante el período en cuestión, sus leyes de funcionamiento interno permanecieron constantes: ante la reiteración de un mismo estímulo externo negativo ("ofensas" norteamericanas) se produjo un mismo reacomodamiento de la política exterior (cada vez más alejada de los Estados Unidos y de sus aliados)

y una recomposición del Estado en una dirección constante (sus funcionarios aliadófilos y democráticos perdieron poder y fueron marginados hasta desaparecer); dirección que, al fin y al cabo, era perfectamente compatible con la ideología que, desde el Estado, se había incubado en la Argentina durante décadas.

Conclusiones: el factor cultural frente al problema de la causalidad

Hasta aquí hemos:

1. identificado una política exterior argentina aparentemente "irracional" (la de estar cada vez más cerca del Eje a medida que su derrota en la guerra era cada vez más segura), e
2. identificado elementos culturales que pueden ayudar a explicar por qué, evaluada desde las percepciones afectadas por el adoctrinamiento escolar argentino, esa política exterior puede no haber parecido tan "irracional" para vastos segmentos de la opinión pública local.

Sin embargo, cabe reconocer que *no* se ha demostrado, de manera rigurosa y empírica, que los elementos culturales identificados hayan tenido un efecto causal directo sobre las políticas adoptadas; esto todavía se encuentra en el campo de la conjetura razonable o de la hipótesis probable. Esta relación causal resulta muy difícil de demostrar, en tanto la constatación empírica entre *un conjunto de percepciones* (o *un sistema de creencias*) y una serie de medidas de política exterior es mucho más dificultosa que la identificación de un vínculo causal entre un *interés material* (político o económico) y una política exterior. No obstante, debe recordarse que una de las características más significativas del caso analizado es que, a lo largo de varios años, las políticas adoptadas por los gobiernos argentinos objetivamente atentaron contra el interés material argentino. Puede no haber una demostración empírica cabal del vínculo causal entre los elementos culturales (empíricamente) identificados y las políticas adoptadas, pero la contradicción entre el *interés material* argentino y el resultado de las políticas instrumentadas deja la intervención de una variable cultural como casi la única explicación parsimoniosa disponible.

Por otra parte, y expuesto de esta manera, el caso en cuestión parece encuadrarse dentro de lo que Herbert Simon ha definido como "irracionalidad radical"³², cual es la conducta de un Estado débil que, a medida que se desarrolla un conflicto mundial, se va alejando progresivamente de la hegemónica parte ganadora (a la que había querido adherir en un principio) para acercarse obstinadamente a la parte perdidosa. Simon diferencia esta

"irracionalidad radical" de su ya clásico concepto de "racionalidad limitada" (*bounded rationality*), que se refiere a la imperfecta racionalidad que emerge, por ejemplo, de percepciones desajustadas frente a la realidad, o de limitaciones de la información necesaria para tomar decisiones. Según el propio Simon, hay que reconocer la vigencia de la irracionalidad radical, ya que:

"(...) ni siquiera el concepto de racionalidad limitada abarca el papel total de la pasión y la sinrazón en los asuntos humanos. (...) Desde las épocas más tempranas se ha constatado que el comportamiento humano no es siempre el resultado de cálculos deliberados, ni siquiera del tipo de racionalidad limitada. A veces debe ser atribuido a la pasión, a la captura del proceso de decisión por parte de poderosos impulsos que no permiten la mediación del pensamiento".

Dicho de otro modo, en mayor o menor medida toda racionalidad es limitada e imperfecta. Sin embargo, cuando (como en el caso de la Argentina durante la década de 1940) sistemáticamente se eligen políticas cuyo balance de costos y beneficios será (previsiblemente para cualquier observador neutral) muy negativo, estaríamos frente a un fenómeno de "irracionalidad radical". Por otra parte, debe subrayarse que aunque exista una racionalidad *de política interna* de parte de un gobierno o gobernante que especula con la popularidad generada por una política exterior que con seguridad producirá enormes costos *externos*, la opinión pública –emergente de un *ethos* cultural– que otorga popularidad a una tal política exterior, esencialmente auto-destructiva, caería en el ámbito de la irracionalidad radical, al igual que dicha política exterior *in totum* (siempre que la estemos evaluando como política exterior, y no en su calidad de política interna).

Esta reflexión nos lleva de lleno al hecho de que el factor crucial, en el análisis de este fenómeno, radica en *la popularidad generada por medidas que externamente resultan costosas*. Este fenómeno, como se dijo, es un emergente de un *ethos* cultural. A partir de aquí, parece razonable postular que si una medida *externamente* costosa generará apoyo político *interno*, la medida figurará en el menú de opciones del gobernante (aunque no necesariamente vaya a adoptarla), mientras que si se sabe que la medida generará no sólo costos externos sino también internos, ella ni siquiera figurará como una alternativa digna de ser estudiada. Todo esto nos conduce a otro concepto acuñado por Simon, y esto es que:

"Para comprender la selección de una política, debemos

comprender de dónde emerge el marco de referencia del pensamiento de los actores (...). Un componente importante de este marco de referencia es el conjunto de alternativas que se somete a consideración en el proceso de selección. Necesitamos comprender no sólo de qué manera la gente razona acerca de las alternativas, sino también cuál es el origen de esas alternativas. El proceso por el cual se generan las alternativas ha sido relativamente ignorado como objeto de investigación. (...) La teoría de la generación de alternativas merece, y requiere, un tratamiento tan definitivo y completo como el que otorgamos a la teoría de la selección entre alternativas específicas"³³.

La reflexión de Simon arriba citada, que subraya la relevancia de ir más allá del estudio de la selección entre alternativas determinadas para estudiar el origen del menú de alternativas, cobra particular significación cuando la alternativa elegida por un gobierno es tan autodestructiva que es fácil suponer que pocos gobiernos la contemplarían siquiera. Mientras el estudio de la selección entre alternativas dadas nos conduce al análisis político típico, el estudio del origen del menú de alternativas nos conducirá a la inclusión de fenómenos socio-culturales y al reconocimiento de la significación del complejo Estado/sociedad civil.

Esta discusión, a su vez, nos permite identificar la existencia de *dos niveles diferentes de causalidad*. El nivel más inmediato es el de por qué se eligió intentar formar un "bloque austral" en lugar de (por ejemplo) tomar medidas para, de una vez por todas, adaptarse a las expectativas norteamericanas, evitando costos externos. Las causas *políticas* inmediatas por las que se optó por la confrontación en lugar de la adaptación emergerán de este tipo de análisis. El segundo nivel de causalidad, a su vez, es el del origen del menú de opciones contemplado conscientemente por los decisores: el motivo por el que algunas opciones quizá ni siquiera hayan sido consideradas, y la razón por la que (en éste y otros casos) algunas opciones autodestructivas sí fueron tomadas en cuenta (mientras que, de no haber sido potencialmente populares, ni siquiera hubieran sido conscientemente eliminadas). *Este segundo nivel de causalidad, que como se dijo frecuentemente involucrará variables socio-culturales que van más allá de los decisores mismos, es el que corresponde a lo que, de una manera vaga e imprecisa, solemos llamar "condicionamientos" de las decisiones.* Las variables socio-culturales que hemos incorporado a nuestro análisis de la irracionalidad argentina durante la Segunda Guerra Mundial corresponderían a este segundo nivel de causalidad. De este modo, el estudio del enigma representado por esta irracionalidad argentina puede conducir a interesantes reflexiones teóricas, metodológicas y epistemológicas. Aunque

los archivos ya estén agotados, si apelamos a lo que hace ya décadas Wright Mills llamó "la imaginación sociológica", todavía hay mucho que puede decirse sobre el tema, sin condenarnos al estéril círculo vicioso de críticas y contracríticas entre escuelas aparentemente opuestas, que algunos colegas nos proponen. Más aún, resulta evidente que la metodología aquí usada puede aplicarse, con provecho, a otros casos de irracionalidad radical en la política exterior argentina, como, por ejemplo, el de la invasión de las Malvinas en 1982.

NOTAS

1. Los trabajos de archivo posteriores a la desclasificación de los documentos de la década de 1940 incluyen: C. Escudé, *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina, 1942-1949*, Buenos Aires: Belgrano, 1983 (también tesis doctoral de la Universidad de Yale, *The Argentine Eclipse: the International Factor in Argentina's Post World War II Decline*, 1981); M.L. Francis, *The Limits of Hegemony: United States Relations with Argentina and Chile during World War II*, Notre Dame, 1977; G. Frank, *Struggle for Hegemony: Argentina, Brazil and the Second World War*, Miami, 1979, y Juan Perón vs. Braden, Lanham, 1980; R.A. Giacalone, *From Bad Neighbours to Reluctant Partners: Argentina and the United States 1946-1950*, tesis doctoral de la Universidad de Indiana, 1977; R. Humphreys, *Latin America and the Second World War* (dos volúmenes), Londres, 1982; C.A. MacDonald, "The Politics of Intervention: the United States and Argentina, 1941-1946", *Journal of Latin American Studies*, 12 (2), 1980 y "The US, the Cold War and Perón" en C. Abel y C. Lewis (comps.), *Latin America, Economic Imperialism and the State: the Political Economy of the External Connection from Independence to the Present*, Londres, 1985; R.C. Newton, *The 'Nazi Menace' in Argentina, 1931-1947*, Stanford, 1992, y "The United States, the German-Argentines and the Myth of the Fourth Reich, 1943-1947", *Hispanic American Historical Review*, 64 (1), 1984; M. Rapoport, *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas, 1941-1945*, Buenos Aires: Belgrano, 1981, y *Aliados o neutrales: la Argentina frente a la Segunda Guerra Mundial*, Buenos Aires: EUDEBA, 1988; y R.B. Woods, *The Good Neighbor Policy: the United States and Argentina during World War II*, Kansas, 1979. También son importantísimos para esta temática los trabajos de Stanley E. Hilton sobre las relaciones entre los Estados Unidos y Brasil, que muchas veces incluyen una dimensión argentina; entre ellos: "Brazilian Diplomacy and the Washington-Rio 'Axis' during the World War II Era", en *Hispanic American Historical Review*, mayo 1979; "Argentine Neutrality, September 1939-June 1940: A Re-examination", *The Americas*, enero 1966; "Brazil and the Post-Versailles World: Elite Images and Foreign Policy Strategy, 1919-1929", en *Journal of Latin American Studies*, noviembre 1980; "Brazil's International Economic Strategy, 1945-1960: Revival of the German Option", en *Hispanic American Historical Review* 66:2 (1986); y "The Argentine Factor in Twentieth-Century Brazilian Foreign Policy Strategy", en *Political Science Quarterly*, primavera 1985.
2. Véase S.E. Hilton, "Brazilian Diplomacy and the Washington- Rio 'Axis' during World War II", *Hispanic American Historical Review*, mayo 1979, y F.D. McCann, "Critique" al artículo de Hilton, misma publicación, noviembre 1979. Mi opinión con respecto al debate Hilton-McCann es que si los beneficios brasileños de posguerra derivados de su alianza de guerra se comparan con la cuota europea del favor norteamericano de posguerra, entonces Brasil pudo tener un justo motivo de queja (como arguye McCann), pero si la comparación se hace con respecto a la Argentina u otros países latinoamericanos, entonces no puede haber dudas en

- cuan to a la posición privilegiada de Brasil. La guerra misma fue una "oportunidad dorada" para Brasil, como lo demuestra Hilton convincentemente. Durante el período de posguerra 1946-1970, Brasil obtuvo casi siete veces más ayuda exterior norteamericana que la Argentina, a precios constantes. Para estas cifras véase C. Escudé, *La Argentina versus las Grandes Potencias: el precio del desafío*, Buenos Aires: Belgrano, 1986, pp. 177-179; las estadísticas están basadas en la serie U-75-186 de ayuda al extranjero a precios corrientes, y en la serie E-23-39 de índices de precios mayoristas, de *Historical Statistics of the United States: Colonial Times to 1970*, Edición del Bicentenario (1976), Bureau of the Census, Washington D.C.
3. Véase A. Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*, New York: International Publishers, 1971; Q. Hoare (comp.), *Selections from Political Writings, 1910-1920*, New York: International Publishers, 1977; D. Forgacs (ed.), *An Antonio Gramsci Reader*, New York: Schocken Books, 1988; S. Gill (comp.), *Gramsci, Historical Materialism and International Relations*, Cambridge: Cambridge University Press, 1993, y R.W. Cox, "Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory", en R.O. Keohane (comp.), *Neorealism and its Critics*, New York: Columbia University Press, 1986.
 4. *Foreign Relations of the United States*, 1940 (FRUS), Vol. 1, pp. 743-44, y Sir Esmond Ovey, diciembre 1939, A 8748/, A 9175/, A 9021, y A 9219/ 5992/51, FO 371/22765, PRO. También, J.S. Tulchin, "The Argentine Proposal for Non Belligerency", *Journal of Interamerican Studies*, octubre 1969, S.E. Hilton, "Argentine Neutrality, September 1939-June 1940: A Re-examination", *The Americas*, enero 1966.
 5. El mejor tratamiento de este tema está en R. Newton, *op. cit.*, 1992.
 6. Para percepciones alemanas e italianas, ver Departamento de Estado de los Estados Unidos, *Documents of German Foreign Policy*, pp. 157-158; A. Frye, *Nazi Germany and the American Hemisphere, 1933-41*, New Haven, 1967, p. 123; G. Ciano, *Ciano's Diary, 1937-1939*, Londres, 1952, pp. 75 y 93; y S.E. Hilton, *op. cit.*, nota 17. Para las aseveraciones de Wallace, Hull y otros de que la Tercera Guerra Mundial provendría de la Argentina, véase, por ejemplo, Blum, *The Price of Vision: The Diaries of Henry Wallace*, Boston, 1973, p. 294.
 7. El tratamiento más completo del boicot económico y la desestabilización política de la Argentina por parte de los Estados Unidos está en C. Escudé, *op. cit.*, 1983.
 8. Sir David Kelly, *The Ruling Few*, Londres, s.f., p. 297.
 9. "Hull's reply to Storni", *U.S. Department of State Bulletin*, 11 diciembre 1943.
 10. Sumner Wells, *Where are we heading?*, New York, 1946, p. 186.
 11. Memorándum de R.H. Hadow del 14 diciembre 1944, AS 74/12/2; Hadow a Perowne, 26 diciembre 1944, AS 20/12/2, FO 371/44684; Hadow, enero 1945, U 296/12/70, FO 371/50672 y 22 enero 1945, AS 516/12/2, FO 371/44684. Perowne a Hadow, 30 enero 1945, AS 577/1/2, FO 371/44682, PRO.
 12. El frustrado "bloque austral" daría lugar a cientos de páginas de memorándums norteamericanos justificatorios de las sanciones contra la Argentina, y sería una pieza central del mito del Cuarto Reich estudiado por Ronald Newton.
 13. Escudé (1983), Francis, Frank (1979) y Woods tratan de este proceso.
 14. *Ibid.*
 15. Las próximas dos secciones están basadas en una investigación de varias etapas realizada por el autor de este artículo. La primera etapa consistió en identificar los mitos territoriales de la cultura argentina, cuyo objetivo fue intentar avanzar hacia la comprensión de la dimensión territorialista de su política exterior, tal como se manifestó, entre otros casos, en el diferendo con Chile por las islas del canal de Beagle, que casi condujo a una guerra en 1978, y en la guerra de Malvinas de 1982. Varias publicaciones fueron el fruto de esta etapa. La primera aproximación al tema se publicó en C. Escudé, *La Argentina, ¿Paria Internacional?*, Buenos Aires: Belgrano, 1984, Ensayo II. La segunda aproximación fue un trabajo sobre el origen histórico de los mitos territoriales, presentado en C. Escudé, *La Argentina vs. las Grandes Potencias: el precio del desafío*, Buenos Aires: Belgrano, 1986, Ensayo III. Posteriormente, el

autor se abocó a un análisis del contenido nacionalista de los textos de geografía argentinos usados en la enseñanza primaria y secundaria entre 1879 y 1986. Ese relevamiento fue publicado en C. Escudé, *Patología del nacionalismo: el caso argentino*, Ed. Tesis/Instituto Di Tella, Buenos Aires, 1987, Ensayo IV. Finalmente, el autor se dedicó al estudio de los contenidos ideológicos de las doctrinas pedagógicas de la enseñanza primaria argentina (especialmente la pública) entre 1900 y 1950. Esta etapa de la línea de investigaciones se encuentra en C. Escudé, *El fracaso del proyecto argentino: educación e Ideología*, Ed. Tesis/Instituto Di Tella, Buenos Aires, 1990. Más adelante, se publicaron varios resúmenes de toda la línea de publicaciones, intentando ya vincular el tema de la cultura política a los de la política exterior y de las reiteradas quiebras del sistema democrático. En inglés, esto se publicó como C. Escudé, "Education, Political Culture and Foreign Policy: The Case of Argentina", *Working Paper N° 4, Working Paper Series, Duke-University of North Carolina Program in Latin American Studies*, octubre 1992. En castellano, apareció como el Capítulo 4 de C. Escudé, *Realismo periférico: fundamentos para la nueva política exterior argentina*, Buenos Aires: Planeta, 1992. Por último, el autor realizó algunos intentos por articular breves síntesis de esta línea de investigaciones con reflexiones teóricas normativas sobre la política exterior argentina: por ejemplo, en C. Escudé, "Cultura política y política exterior: el salto cualitativo de la política exterior argentina inaugurada en 1989 (o breve introducción al realismo periférico)", en R. Russell (comp.), *La política exterior argentina en el nuevo orden mundial*, Buenos Aires: GEL, 1992.

16. E. de Vedia, "La escuela", *Monitor de la Educación Común*, 31 octubre 1910, pp. 21-30. *El Monitor*, creado por Domingo Faustino Sarmiento, era el influyente órgano oficial del Consejo Nacional de Educación, y se publicó hasta 1949. Reflejaba la doctrina oficial y se repartía gratuitamente a los maestros.
17. P. 7 de la *Guía* mencionada.
18. José María Dagnino Pastore, *Estudios sociales económicos argentinos*, Buenos Aires, 1971, p. 126. Este autor fue también ministro de Economía de la República Argentina. Junto con su padre, Lorenzo Dagnino Pastore, que comenzó el negocio de escribir textos de geografía, enseñaron a generaciones enteras de niños. Primero firmó el padre, más tarde el padre junto con el hijo, y finalmente el hijo únicamente. Tuvieron una difusión verdaderamente masiva, a la vez que sus competidores en el oficio proyectaban exactamente el mismo mensaje.
19. Encuestas IPSA, proyecto RISC, muestras probabilísticas y estratificadas representativas del 80% de la población urbana del país.
20. Los precursores estudios de Gino Germani demostraron el carácter "moderno" de la estructura social argentina (es decir, su comparativamente alto componente de población dedicada a ocupaciones tipificadas como de "clase media") y su alto grado de movilidad social, comparable solamente al de los Estados Unidos. Véase especialmente G. Germani, "La Movilidad Social en la Argentina", Apéndice II a la edición en castellano de S.M. Lipset y R. Bendix, *La movilidad social en la sociedad industrial*, Buenos Aires: EUDEBA, 1960; G. Germani, *Estructura social argentina*, Buenos Aires: Raigal, 1955, y *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires: Paidós, 1968.
21. "La orientación moral de la escuela argentina", *Monitor*, septiembre-diciembre 1930.
22. Discurso del presidente argentino, general Agustín P. Justo, en ocasión de la asunción de Ramón J. Cárcano como presidente del Consejo, *Monitor*, mayo 1932.
23. Juana E. Gutiérrez, "Escuela Rural Argentina", conferencias pronunciadas el 10 de noviembre y el 14 de diciembre de 1936, *Monitor*, diciembre 1936, pp. 47-50.
24. J.A. Astolfi, "Los maestros y el nacionalismo", *Monitor*, junio 1940, pp. 117-123.
25. Discurso de Pico en ocasión de su toma de posesión de la presidencia del Consejo, *Monitor*, noviembre 1932.
26. Discurso del ministro Manuel M. de Iriondo en la ocasión citada en la nota de arriba, mismo número del *Monitor*, pp. 128-131.
27. *Monitor*, marzo-abril 1945.

28. *Monitor*, septiembre-octubre 1946, pp. 3-7.
29. Código 735.00/3-2250, RG 59, *Archivos Nacionales de los Estados Unidos*, Washington D.C.
30. *Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Educación*, No. 108.
31. Aun quienes, como Perón, habían pasado un período en el exterior como agregados o en cargos similares, lo habían hecho en el típico *ghetto* militar-diplomático latinoamericano de las grandes capitales, y a una edad mediana en la cual el choque cultural producido por la vida en el extranjero sólo consolida (por reacción) los elementos culturales que fueron incorporados durante la infancia y primera juventud en la cultura originaria del sujeto. En el caso de Perón, para colmo, su contacto con la Italia de Mussolini no fue precisamente una influencia liberalizante. Respecto de estudios empíricos sobre la movilidad social, ver nota 20.
32. H.A. Simon, "Human nature in politics: the dialogue of psychology with political science", *American Political Science Review*, Vol. 79, 1985, p. 301.
33. *Ibid.*, pp. 302-303.